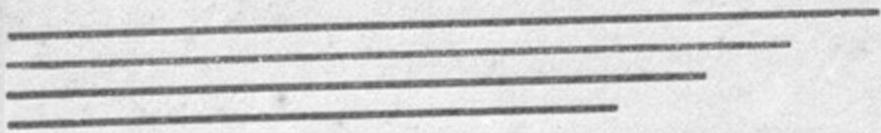


11942



M **Diódoro Danilo**
(JUAN A. VICIOSO V.)

A
N
A
N
T
I
A
L

CUENTOS
Y
PAGINAS



CIUDAD TRUJILLO,
REPUBLICA DOMINICANA.
MCMXXXVIII



Al notable hombre de Letras
Lic. Julio Ortega Fier, Rector
de la Universidad Nacional
amigo de los hombres de talento
y quien acoge con entusiasmo
simpatía todo lo que tiende
al engrandecimiento y a la cultura
de su país.

Con la admiración y cariño

Autor

Dig



MAR. 1 1971

BN
863.42
D589ma
e.3

Julio Ortega Pien - 1-3-71
Compra

Sus Padrinos

Este Libro, mi Primer Hijo Espiritual, fué bautizado en la Santa Basílica de la GRATITUD y fueron sus padrinos: el Generalísimo Doctor Rafael L. Trujillo Molina, Benefactor de la Patria, y Protector del Libro Dominicano, el Mayor General José García, M. M., el Brigadier Gral Hector B. Trujillo, M. M. y Don José Arismendi Trujillo Molina.

La GRATITUD es también una flor y yo la llevo siempre prendida sobre mi corazón.

D. D.

Reg. No. 001182



Contiene:

- 11 — *Presentación*
- 15 — *Los Interrumpidos*
- 25 — *Un Derecho de la Mujer*
- 31 — *El Agbagero*
- 43 — *El Sublime Embustero*
- 49 — *Vengando a una Física*
- 59 — *Una Tragedia del Ciclón*
- 67 — *Entre el Rumor de la Hora*
- 73 — *El Honor*
- 83 — *Silbeta*
- 91 — *La Nostalgia de las Nctas*
- 97 — *Dios lo Castigó Dándole la Vista*
- 109 — *La Vida es Así!*
- 121 — *Ironías del Destino*
- 131 — *Humorismo del Ciclón*

PRESENTACION



EN ESTE libro, que no es otra cosa que tonalidades de mi manera de sentir y de vivir; que no es mas que pedacitos del alma transformados en letras para expresar mis pensamientos, he querido, al ofrecértelo a ti gentilísima y culta lectora y a ti mi lector amable y distinguido, poner todas las emociones que experimenta mi espíritu cuando en el silencio de la media noche hace una recopilación completa de cuanto ha sucedido en el curso de esas horas que se van para no volver.

MANANTIAL, aspira ofrecerte, como el manantial que brota del seno milagroso de la tierra convertido en linfa cristalina y purísima, su lenguaje sencillo, su lenguaje galano, expresivo con una emoción encantadora en cada frase y un noble anhelo de dejar en cada espíritu una grata sensación; la sensación natural del Cuento nuevo y de la página galante que van dejando huellas agradables en cada un lector.

MANANTIAL, venia desde hace tiempo abriéndose ruta, rompiendo las tortuosidades de mi imaginación, como va despedazando las entrañas de la tierra el caudal de agua para brotar despues espléndido a la superficie, y sale ahora a plena luz del sol para recibir del mundo el calor y el aliento fortalecedor.

MANANTIAL, solamente aspira, a producir al lector breves momentos de emociones felices y de esta manera habrá conquistado el mas espléndido y el mas grande de los triunfos.

EL AUTOR.

LOS INTERRUMPIDOS



LO, ALO!

— Quién habla? ¡Cómo! Diga otra vez, más alto, que no se entiende nada....

Y Sirka impaciente, preocupada, colgó el audífono, con la triste y dolorosa curiosidad de no haber podido averiguar el nombre de la persona que había hablado.

Para Sirka no había nada que la intrigara tanto, como una conversación por teléfono, sobre todo cuando por los hilos comunicativos viajaba una voz dulce, timbrada, sonora y grata.

No pasaba un solo día sin que no llamara por teléfono más de diez o quince veces. Unas veces a Juadela, para hablarle de la película de anoche, frívola y adaptable al ambiente lleno de frescura y de novedades sentimentales; otra veces se comunicaba con Sanel o Daul y cuando ya había agotado el número de los amigos a quienes hablarle, llamaba a la ocupadísima telefonista, y luego de darle una larga conversación, se enteraba con ella de



aquellas casas donde hubieran personas desocupadas, sobre todo jóvenes, con quien ella pudiera charlar un rato. Era Sirka, podríamos decir, una perfecta y rematada telefonomaniática.

Paul Randel, era otro enfermo de tedio, de nostalgia, producto de sus victoriosas conquistas mentales (en su carnet de amoríos figuran ya 83 novias, sin haber tenido la BUENA SUERTE de conocer a ninguna de ellas; todas las había tenido por teléfono).

Y era que Paul, como Sirka se entretenía en llamar por el teléfono y donde quiera que había una voz dulce, melosa y suave de mujer, allí se entretenía.

En una de estas llamadas, Paul, llama al teléfono de Sirka, precisamente en los mismos instantes en que Sirka, sentada cerca de la mesa donde estaba el teléfono, hojeaba la guía, en busca de la víctima de esa mañana, más propicia que ninguna, por el estado lluvioso del tiempo. Mañana grata y convidadora al entretenimiento de las conversaciones telefónicas.

—Aló, aló! Quien habla? dice Sirka en el mas delirante de los entusiasmos al darse cuenta de que ya había aparecido su nueva víctima.

—Quién habla? volvió a preguntar.

Pero el dulce ¿quién habla? dicho por Sirka, puso en guardia a Paul, quién acomodándose más

en su sillón ducal, cómplice de todas sus conquistas, da un sonido aflautado a su voz y dice:

—Con quién tengo el honor de hablar? Hay tanta dulzura en su voz, que me gustaría haberme equivocado de número al llamar. Sería para mí un honor grandísimo, que usted me dijera con quién hablo, pues así comprendería, que esta mañana gris, alegre por la novedad de la llovizna y el suave cruzar de las aves, tendría para mí un doble motivo de dicha; primero el haber conversado con usted y segundo haber escuchado su vocecita sonora como las gotitas de la llovizna cuando caen en los cristales de mi ventana. Sea usted amable, sea usted el motivo sugerente de mi verso tempranero, sea una flor que he visto por primera vez en esta mañana salpicada de melancolías, de romanticismo y amor. Dígame su nombre, se lo suplico.

Con esta retahíla de galantería, nunca escuchada por ella sin antes haberla ella misma provocado en sus conversaciones telefónicas diarias, Sirka, estaba encantada de la vida; más que encantada, iba al cielo por la escala de un rayito de sol que se había escapado a la prisión de la nube espesa que le impedía lucir; bajaba a la tierra y correteaba entre los rosales, como una mariposa feliz; se reía de júbilo y de satisfacción, teniendo desde luego el cuidado de tapar con su mano el aparato transmisor de la voz, para que su alegría no fuera a delatarla;

cambia de sitio, quería brincar, cantar, volar, en fin, era feliz... un día.

Pero no queriendo en seguida demostrar su gran placer a quien llenaba su vida de novedad y de amor, dijo:

—Me parece que se ha equivocado usted al llamar. Llame a la Central que quizás ella puede darle el número que usted desea. Sin embargo, debo expresarle mis gracias por su galantería; es usted muy amable. Cualquiera diría que está usted viviendo esta mañana gris, como usted dice, entre un ambiente de rosas, frangancias y versos. Ya sabe, la Central, puede informar....

—Oigamo usted dice - Paul presintiendo que ella iba a cerrar la comunicación, con la última palabra - acepto, con gran satisfacción la equivocación sufrida, porque precisamente a la persona a quien quería hablar, no merecía el honor que usted merece. Concédame la gracia de volver a llamar a su teléfono: deme su número, su nombre y crea que en el alma será imborrable esta conversación dulce y feliz y esta mañana eterna para mi vida.

—Pues mi nombre es Sir....

—Cómo? Dijo Paul en un desbordamiento de júbilo.

Y quedó interrumpida la comunicación sin que ni ella ni él pudieran evitarlo ni saber nunca el porqué fué....

Corrió el tiempo. La naturaleza produjo nuevas vidas, los árboles nuevos frutos; los nidos fueron abandonados por los ya emplumados pajarillos.

En la dulce mansedumbre del hogar, teje leyendas sentimentales e historietas pasadas la rueda del amor....

Cerca de la chimenea, donde el rudo tronco es una gran brasa encendida, los niños junto a la dulce y buena abuelita, escuchan atentamente la narración de hechos, de guerras pasadas o una leyenda de hadas dormidas en el caliz de las rosas en los jardines; mientras afuera, el invierno, como la rueda, teje en las ventanas sus encajes de nieve.

—Otro cuento, abuelita-dicen los chiquillos alborozados entre el entusiasmo que le había producido el primero.... Otro cuento abuelita, como ese en que hayan muchos soldados, muchos cañones.... y Princesas y enanos, interrumpe una chiquilla de cinco años.

—Quietos, quietecitos que les voy a contar la historia del Niño Héroe-dice la viejecita.

—Oigan....

“.....y cuando Napoleón Bonaparte, Rey de Reyes, se acerca a Moscú, el niño....

Un repetido toque del timbre del teléfono, interrumpió la historieta de la anciana.

—Suena el timbre del teléfono....¿Quién llamará?

Y como si recordara algo, como si viviera en este instante ensueños pasados, la abuelita, con gran asombro de los niños, se quedó un largo rato sin hablar,

—Abuelita, por qué no sigues? dijeron los niños.

Y como si regresara de un largo viaje mental, respiró largo y hondo, y dijo:

—Voy a contarles a ustedes mis queridos hijos, ahora que recuerdo, una historia mas hermosa, más interesante que la del Niño Héroe. Podría llamarle los “Interrumpidos”....Escuchen.

—Hace muchos años, habia en este mismo pueblo, una muchacha, muy alegre y muy feliz que era la dicha y contento de sus padres y que gustaba de todo lo que ella entendia podia producirle momentos dichosos. Una de sus mayores distracciones era llamar, todos los dias al teléfono, a sus amigos, a sus conocidos y a cuantas personas, ella entendía podia llamar. Así estuvo por mucho tiempo, hasta que en una ocasión, llamaron a su teléfono y cuando fué a hablar, se encontró con que el que le hablaba era un hombre fino, delicado, cultísimo, cuyas palabras eran tan dulces y delicadas, que aquella muchacha no hubiera deseado acabar nunca.

Hablaba de la mañana gris, de la llovizna me-

nuda y fría....y le suplicaba a ella, con una ternura infinita, que le diera su nombre, que le diera el número de su teléfono para conversar con ella. Y cuando ella, dichosa también como él se disponía a darle el nombre, la comunicación telefónica fué interrumpida. sin que ella la pobre, pudiera averiguar nunca, más nunca, quien era él y a quien ella se sentía amar sin haber visto....

—Y quien era ella y como se llamaba-interrogaron los curiosos chiquillos.

—Ella-dijo la abuelita después de lanzar un hondo suspiro-se llamaba Sirka....y era yo misma.

“Hay tanta dulzura en su voz que me gustaría haberme equivocado de número al llamar. Sería para mí un honor grandísimo, que usted me dijera con quién hablo; pues así comprendería que esta mañana gris, alegre por la novedad de la llovizna y el suave cruzar de las aves, tenía para mí un doble motivo de dicha....” así dijo el abuelito, que desde un apartado rincón del hogar, había estado oyendo los cuentos de la viejecita, y que no era otro que el mismo Paul Randel, quién como la abuelita había hecho un secreto eterno de aquella aventura telefónica, la más feliz de su vida y que había sido interrumpida sin saber, hasta ahora, el por qué fué....

UN DERECHO DE LA MUJER

THE UNIVERSITY OF CHICAGO



N EL desenvolvimiento natural que se efectúa en el mundo, la mujer - que no es medio ni fin, sino que lo es TODO - tiene un papel importantísimo, quizás el de mayor significación en la vida, sin que nos demos cuenta de que ella lo cumple sin sentir jamás la menor fatiga ni la menor demostración de cansancio. Y este papel consiste en PRODUCIR, multiplicar hombres, ideas, cerebros, corazones y multiplicarse ella misma, que es lo que todavía no ha podido conseguir el hombre.

Sin embargo, la mujer no goza, es decir, no participa, como debe ser, de los atributos que le confiera la naturaleza, que son derechos propios y únicos; el derecho de amar, por ejemplo.

Decimos el derecho de amar, por no decir el derecho a iniciar la conquista de un querer, como derecho que se ha apropiado el hombre.

Poniendo un poco de razón a lo que pensamos,

notaremos que es una grandísima injusticia que la mujer tenga menos derechos que el hombre en cuanto a la franca elección del hombre amado.

Y decimos que es una grandísima injusticia porque cuando una mujer, en legítimo derecho, hace manifestaciones francas de un querer noble que ha sentido nacer en su alma, entonces el hombre, sin justificación, la juzga llana, liviana y hasta MALA todo por desnudar su franqueza y engrandecer su querer a impulso de esas voces incontenibles que salen del corazón como grito de satisfacción y de júbilo. Porque el querer, como que hace más intenso, cuando tenemos la libertad de expresarlo con todas las voces del alma.

Cuando el verdadero querer surge de improviso en el alma, produce rarezas tan grandes y tan sublimes, que es imposible que esas rarezas sean solo un placer para el espíritu y se mueran dolorosamente dentro del pecho, justo es que salgan a volar como el sonido de la campana. ¿Si los sonidos de las campanas no echaran a volar, sentiría el campanero algún regocijo al tocarla?

El querer cuando nace dentro del alma hay que dejarlo volar, como vuela el sonido de las campanas!

Sin embargo, cuando el querer nace ennoblecido por hermosos anhelos, en el pecho de la mujer, tiene - si no logra ser correspondido - que morir dolo-

rosamente dentro del alma, porque la mujer q. lo ha sentido, no puede - por equivocada interpretación q. se ha hecho del derecho de amar - manifestarlo; y si tiene la nobleza de manifestarlo, peca entonces y caen sobre ella terribles anatemas.

Por qué si la mujer puede multiplicar el hombre, no puede a ese mismo hombre que ella se siente querer, manifestarle que lo ama?

Cuantas mujeres, graciosas, bellas y dotadas de hermosísima virtud, no pasan la aurora de su vida esperando el nuevo sol de su dicha? ¡Cuántas no hay que pasan las noches en mudo coloquio con los ensueños de amor?

Y este amor sentido, quien sabe más puro que el amor del hombre, permanece mudo, triste, lleno de melancolía y de nostalgia dentro del alma de aquella hermosa....

Conquista en el mundo de las injusticia tu legítimo derecho de amor. Si tú, mujer, sabe multiplicar los hombres, por que no has de tener el derecho de decirle a ese hombre, que surgió de tí: YO TE AMO?....

Que las voces de tu alma, no sean las voces sordas de la campana rota; que esas voces de amor, de legítimo amor que llegan acariciando tu alma, salgan a volar libremente como las notas de la campana nueva, vibrante y sonora....

EL AGUAGERO



SIEMPRE hermosa, siempre bella, derrochando encantos, por doquiera que pasa! ¿Quién no se emociona al mirarte, y quién no daría la vida por un beso tuyo?

Con esta retahíla de piropos y otro por el estilo, obsequiaba Mario Malvino, a cuantas mujeres tenían la mala suerte de pasar por su "fortín" - como el llamaba - a la esquina del Rialto, donde tenía la costumbre de situarse desde las cinco de la tarde en adelante.

Mario Malvino, era uno de esos tipos que llegan a ser casi árbitros de la sociedad, por su posición económica, por su educación esmeradísima, por su manera de vestir, y sobre todo por que era, lo que podríase decir un hombre gentil.

No bien habían sonado las cinco campanadas del reloj colocado en la torre de la Catedral, cuando allí vemos en su fortín a Malin - como cariñosa-

mente se le llamaba a Marío - haciendo girar el bastón, entre los dedos de la mano derecha, mientras silba suavemente a Rigoletto..... Pero no bien distingue a tres o cuatro cuadras de distancia, la aparición de una mujer elegantemente vestida, que camina en la misma dirección, donde se encuentra Malin, le vemos, impaciente, como una fiera que está presta a lanzarse sobre su posible víctima; y ya no silba, el bastón ha dejado de girar entre sus dedos y nerviosamente, se sacude con dos dedos algún polvillo que se le ha pegado en la solapa de la americana; se aprieta un poco el nudillo de la vistosa chalina que pende de su cuello y prepara el ataque:

—Siempre hermosa, siempre bella, derrochando encantos por doquiera que pase!... Quién no se emociona al mirarte, y quién no diera la vida por un beso tuyo?

Y de este modo seguía Malín a la dama que pasa, sea quién fuere, hasta una o dos cuadras.... hágale o no caso a sus galanterías.

Doña Carmelita, la madre de Mario, que era toda una noble señora, había pasado por mas de un disgusto, ocasionado, por las travesuras de su único hijo al extremo que nunca lo vió salir de su hogar, sin antes aconsejarle y decirle:

—Oye Mario mio, por todo mi cariño por mis viejas canas, por el dulce nombre de tu padre, no seas

como tú eres. Deja quieta a las mujeres casadas, tú no comprendes, amor mío, que llegará un día en que yo tenga que derramar más lágrimas, q. las que derramo ahora, cuando tu proceder dé al traste con un hombre que te quite la vida? ¿No comprendes el mal que me ocasionas con tus travesuras?

Y Mario, compungido y casi al llorar, le prometía a su madre enmienda... Pero no había llegado a su Fortín de la esquina del Rialto, cuando lo teníamos de nuevo dirigiendo piropos a cuantas mujeres le pasaban cerca.

Una tarde, ya en los comienzos de la noche una gentil mujer acababa de abandonar su asiento de un hermoso Packard en la misma esquina donde Malin tenía su tienda de campaña.

Era Rosa Linda Tanagra, la mujer más linda y más bella de la Provincia de Oriente, cuya fama de virtuosa y hermosa fué siempre motivo de los mejores elogios. Y verla apearse del automóvil. Malin y lanzarse tras ella, fué cosa de un segundo.

—«Siempre hermosa, derrochando elegancia^a por donde quiera que pasas. ¿Quién no se emociona al mirarte, y quién no diera la vida por un beso tuyo?».

¿Quién no... y no pudo continuar, pues el esposo de Rosa Linda que tras ella se había apeado de otro automóvil, al darse cuenta del atrevimiento del galán, le había dado tan formidable pesco-

zón, que no le dejó terminar su retahila de piropos.

Desde luego, aquí se armó la de Troya. Pero la gente que pasaba se metió para evitar, sabe Dios qué, pues Malin. así como era de tenorio era de valiente.

Y la cosa no pasó de ahí, pues tanto el marido como Rosa Linda, desaparecieron en un carro.

Este era el decimoquinto escándalo que en su FORTIN de la esquina provocaba Malin.

Una noche en que Malin se hallaba entregado a hondas meditaciones, en que parecía como tratar de encontrar dentro de él mismo algo que no sabía qué, sonó el timbre del teléfono. Este sonar de timbre lo sacó de su profunda meditación.

—Quién llamará? dijo levantándose con marcada pesadez de su cómodo sillón, dirigiéndose con lento paso hacia la mesita donde estaba el teléfono.

—Aló, con quién tengo el honor de hablar y en qué puedo servirle? dijo complacido al notar una voz femenina.

—Con quién? interrogó muy intrigado Malin.

Donde?—Así, oigo bien, al Hotel Central, muy bien, sí comprendo. A qué hora dijo?... Oh sí, si a las 8 en el apartamento número 8. Exacto, con mucho gusto, allí estaré a esa hora.

La alegría de Malin no tuvo límite. Una voz dulce, angelical, divina, le había arrancado de una meditación profunda y pesada. Se sentía encantado de la vida, se sentía el más feliz de los mortales. Se le invitaba al apartamento número 8 del Hotel Central a las ocho de la noche y quien le invitaba tenía la voz de un ángel....

Se vistió rápidamente, se perfumó delicadamente las manos, el cuello y los labios, descendió rápidamente por la escalinata de su casa de dos plantas, llegó a la calle y llamó al más elegante automóvil público que pasó junto a él.

—Al Hotel Central—le dijo al chauffeur.

—Hora feliz, alma enamorada que busca la pupila hermosa para bañarse en el milagro de su luz..., voz de mujer como un murmullo encantador que viene del río y penetra por el oído como una canción.... Mujer, ensueño, ensueño que embriaga y que enloquece, hora deliciosa y feliz que nos ofreces el placer de la vida en las ansias y en los besos....

Y mientras así pensaba, el automóvil se detuvo en el Hotel Central.

Malin, al apearse, dice al chauffeur que le aguarde en la puerta y él se dirige, rápidamente, al tercer piso, hasta detenerse en el apartamento marcado con el número 8.

Dá tres golpecitos en la puerta con los nudillos de los dedos y espera un momento....

Nadie responde a su llamada.

Toca de nuevo. Y entonces, un ruido se hace escuchar desde el interior de la habitación.

—¡Alguien se acerca!— se dice Malin, mientras se arregla el nudillo de la corbata y se sacude algún indiscreto polvillo que se le ha posado en la americana.

Por fin se abre la puerta suavemente y del interior sale una voz que dice:

—“Es Malin?.... pues adelante”.

Dijérase que la luna llena y discreta esa noche, estaba colgada del techo de la habitación. No había luz eléctrica, sin embargo, Malin pudo distinguir, una figura gentil y blanca que se movía delante de él, como algo vaporoso y frágil, como un ensueño....

Un olor embriagante a nardos llenaba la estancia mientras un aircillo fresco y agradable al penetrar por la ventana abierta, hacía sonar el piano chino que colgaba en el interior de la habitación.

De súbito, de un esquinero del cuarto, donde se levantaba una hermosa sombrilla oriental, brota un rayo de luz eléctrica, y es entonces cuando Malin se dá cuenta y contempla con emoción que la figura que tiene por delante, vaporosa como un ensueño, es la misma Rosa Linda Tanagra—aquella linda mujer de oriente—por quien, en tardes anteriores, había recibido la más ruidosa de las bofetadas.

—Perdone Vd. señora—dice Malin, sin acordarse que en el momento en que ella abría la puerta le había dicho: “Es Malin?”— me he equivocado de número. Sin darme cuenta he tocado en....

—No se ha equivocado usted, Malin— dice ella dulcemente e interrumpiéndole. Me encontraba tan sola en esta noche llena de motivos poéticos, cuya luna invita a saborear el amor en todas sus exquisiteces, y pensando que mi marido esta noche está fuera de la ciudad, me recordé de tí Malin—ya ella le tutea—de tus galanterías y deseando escuchar de cerca y sin testigos, tu palabra que tanto halagó mi espíritu, te llamé por teléfono, para que me repitas de nuevo, aquellas frases cuya música aún resuena en mis oídos como el rumor de las más tiernas melodías.

—Pero señora,—dice Malin, en el más grande de los asombros—es que....

—Nada. Bien se comprende—dice Rosa Linda, acercándose a él con mimo y con graciosa coquetería—que el amor en los hombres es emoción tan honda que apenas pueden articular una palabra.... El más enamorado, el más dichoso de nuestros tenorios, —tú, Malin, no le puedes negar—se siente tímido, cuando el amor, el placer, divinizado por los dioses, le llama y le atrae. Ven, háblame, ven, dime junto a mí, cómo te parece esta noche perfumada con el hálito que se escapa de los rosales.

Malin, aún de pié, como si hubiera salido ileso de una tragedia, nada dice; la mirada fija hacia el suelo, parece contemplar en las figuras que se dibujan en la alfombra azul que está cerca del lecho, caras horribles que le hacen muecas.

Sin embargo, Rosa Linda, llena de amor, como una flor que necesita la caricia del sol para vivir, va hacia Malin y le dá un beso de pasión entre los labios.

Malin,— el más dichoso de los tenorios, cuyas aventuras donjuanescas son el tópicó de las conversaciones—da la espalda a Rosa Linda y se dirige, vacilante, como un beodo, hacia la puerta.

Rosa Linda, no puede aceptar este desprecio; este insulto a su virtud maltrecha y en un arranque de pasión y de indignación, saca de un RIDICULO, un pequeño revólver y le dice:

—“Si te vas, te mato”....

Un minuto, dos minutos que parecieron siglos, pasaron por la imaginación atormentada de Malin, y luego dijo, volviéndose hacia ella: Pero por Dios, Rosa Linda, tú no comprendes....? Fué siempre mentira mi pasión sentida. Mi galanteo a la mujer no era más que para ocultar mi falta.. Hace tiempo que la Naturaleza me retiró las energías que a tí te sobran y héme aquí convertido en un hombre de cien años, cuando apenas cuento veintitres.... Es por eso, Rosa Linda!

DIÓDORO DANILLO

Y al tomar de nuevo el auto, un disparo resonó en el fondo.

Malin se mataba porque nunca, hasta ese instante, nadie se había dado cuenta de su gran fatalidad...

EL SUBLIME EMBUSTERO



UAN HERMOSAS y sublimes son las horas que pasamos en agradable conversación con el Silencio!....

El silencio es para nosotros, a veces, como un viejo consejero, fatigado por el peso de los años, que se sienta en nuestra mente y nos habla de la vida con la mística grandeza de sus largas experiencias adquiridas por los años.

Y este viejo consejero, reflexivo y noble que acompaña nuestra alma, cuando el alma nuestra vaga sola, remontándose a lo azul, a lo inmenso y a lo divino, alejada del bullicio, tiene, en sus raras reflexiones, muchas de ellas, que engrandecen las ideas y hasta el mismo pensamiento que se extiende y se dilata al consorcio milagroso que se forma entre el silencio y el alma....

En los instantes que pasamos conversando con el Silencio, tenemos la oportunidad, muchas veces,

de descubrir en nosotros mismos, grandezas escondidas, ideas nuevas, que habían permanecido dormidas, porque esas ideas no podían coordinarse dentro del gran bullicio, que casi siempre, nos rodea, y es que parece que el Silencio, además de ser un viejo consejero, es también, un gran armonizador del pensamiento.

Si el Silencio, con quien conversamos en nuestros momentos de reposo y de quietud espiritual, en vez de ser un viejo, fatigado, cargado de experiencias y de años, es una hermosa mujer, que como una mariposa inquieta, vuela de flor en flor dentro de nuestra imaginación, entonces, la conversación, es como un fluido divino que llega al corazón; pero la mariposa -mujer inquieta que juega dentro de nuestra imaginación, como la mariposa real, de flor en flor, no tarda mucho en ser nuestra prisionera al satisfacer las ansias de nuestra ambición. Y es por que el Silencio, con quien conversamos tiene la virtud de ser como un Genio, que todo lo puede, tanto, salvar de un solo salto las enormes distancias del cielo y la tierra y de la tierra y el mar, como aprisionar entre las cárceles de sus manos, las formas tentadoras de la mujer que amamos.

Cuántas veces, llevados por nuestro compañero el Silencio nos hemos paseado en una noche de lu-

na espléndida, confortablemente arrebujados en una Góndola, por las quietas y silenciosas aguas de Venecia?

¿No hemos paseado muchas veces las calles de París y hasta hemos visto el Coliseo de Roma, en plena fiesta, prestigiándose con la presencia del César, todo de manos de nuestro compañero el Silencio.?

¿Y cuántas veces este Silencio, en que nos sumergimos, no nos ha enriquecido, tan sólo en interesarnos en un negocio de perspectivas y resultados estupendos?

¿Cuántos enamorados hay, que no han conquistado FACILMENTE, un amor imposible tan sólo con una breve conversación con el Silencio?

Tú mismo lector. o tú misma gentil y culta lectora, ¿no habeis hecho alguna conquista, con sólo conversar algunos instantes con vuestro compañero el Silencio?

Bendito seas, oh. tú, Silencio compañero de todos los humanos; bálsamos milagroso de todas las heridas del alma; mitigador de tristezas; eterno pan espiritual del hombre; creador de fortunas; paliativo de las almas enamoradas; triunfador eterno en todas las luchas de la vida; sublime y magnífico EMBUSTERO, bendito seas!....

VENGANDO A UNA TISICA



DOCTOR, pronto, venga usted pronto, Doctor, que se muere mi madre!—suplicaba una voz, que rompiendo el grave silencio de las dos y media de la madrugada, se esparcía como un eco doloroso, triste y angustioso.

Ante las voces dolientes que cruzaban por el vacío, llevadas por el viento como una desgarradura, detengo mi paso; aguzo el oído, me reconcentro en mí mismo para escuchar mejor, cuando nuevas llamadas, nuevas súplicas al doctor, llegan hasta mí de nuevo, como si el eco viniera a pedirme ayuda.

Rápidamente cruzo una calle, una esquina y otra calle, guiado por la voz que retumba a larga distancia, hasta que por fin llego junto a una puerta, donde un adolescente casi desnudo, llevando por vestiduras unos pantalones cortos, cuyo cinturón parecía no había tenido tiempo de ajustarlo a la hebilla; una camiseta un poco raída, y en plantillas de medias,

lo que indicaba que tampoco había tenido tiempo de calzarse los zapatos.

—Mi primer impulso fué unir mi voz a la del pobre muchacho y llamar:

—Doctor, doctor, abra usted pronto; se trata de un caso de urgencia, que usted es el único que puede salvar!

—Mi madre se muere, señor—me dice el muchacho.—Imagínese que a ella le dá un dolor tan fuerte que apenas puede respirar y lo único que la puede salvar es una inyección, la cual posee este médico, que es el único que tenemos aquí.... Ayúdeme a llamar, por Dios, otra vez; quien sabe si llamando usted, oye el doctor—me dice de nuevo el muchacho—llorando a lágrima viva.

Hago de su dolor y de su pena, mi pena y mi dolor, y llamo con fuerza, dando formidables golpes a la puerta.

—Parece que no está el médico—dije al muchacho.

—Sí está—me responde.—No ve usted que no tiene candado la puerta. Cuando él no está deja puesto el candado.

Entonces hago un impulso supremo. Me retiro un poco de la puerta, contraigo todos mis músculos

y salgo corriendo y fué tan brusco el choque de mi cuerpo con la puerta, que al ceder la aldaba que cerraba por dentro, me fuí de bruces yendo a caer al pie de un escritorio, delante del cual había un hombre que me habló de este modo:

—Qué atrevimiento es ese?... No sabe usted que esta es una flagrante violación al domicilio ajeno?... Sí, he oído desde el primer momento; pero no me ha dado la gana de abrir.. No sabe usted, dice —dirigiéndose al muchacho—que su madre es una tísica que no tiene remedio y que más valiera que se muriera para que usted me dejara en paz?

Pero doctor—intervengo yo—excuse lo sucedido y vaya, por Dios, a ver a la pobre enferma....

—He dicho que no. Lo mejor que ella puede hacer es morirse, y así quedaría en paz con todos....

La noche sigue su curso, indiferente y grave, como si a ella no le importaran todas las tragedias que se desarrollan en su sombra! Como si no comprendiera nada del dolor humano; como si no se diera cuenta de su culpabilidad!....

—Vamos a tu casa—digo al muchacho—quien sabe si Dios ha obrado un milagro sobre tu mamá.

Nada me responde.... Ya en sus ojos no hay lágrimas. Parece como sumirse en pensamientos

hondos. Como si la gran tempestad doliente que se desencadenara dentro de su pensamiento hubiera arrasado con todas sus energías.

Vamos a tu casa—digo de nuevo—¿no comprendes que el tiempo que se pierde aquí se puede utilizar en algo en bien de tu mamá?

Mi última palabra, como que lo hizo volver a la razón y me dice:

—¿Para qué? ¿No ha dicho el doctor que es una tísica que debe morir? ¡Ya es tarde señor, ya es tarde.... Pero si ella ha muerto —dice al Médico— como usted me acaba de decir, sobre usted irá la culpabilidad y estas manos mías, infantiles y sin fuerza ahora, sabrán algún día, vengar a la TISICA.

Nunca mis ojos habían presenciado un cuadro tan terriblemente desconsolador La misma tragedia, el mismo dolor que es inmenso, convertidos en seres humanos, se hubieran conmovido!

Al llegar a la casa de Alejandro —así se llamaba el muchacho— lo primero que vieron mis ojos, fué un cuerpo de mujer, inclinado casi fuera del lecho, y en el suelo mucha sangre; y sangre había también en las manos de aquella pobre mujer, que parecían como dos rosas blancas mati-

zadas de rojos; salpiques de sangre por todo el lecho, como si ella deseosa de conseguir un poco de aire para sus pulmones deshechos, tratara de levantarse.

—Madre mía! —fueron las primeras palabras de Alejandro al ver así el cuerpo de su pobre madre.

Yo no puedo escuchar más.... Mis ojos se nublaron; mis sentidos se cerraron a la vida, a sus ruidos, a sus miserias y a sus injusticias.

* * *

En la historia de los pueblos, no se había visto nada igual. Las diversas bandas de músicas recorrían las calles; las avenidas y los parques estaban engalanados con las banderas de todas las naciones, como si las naciones todas rindieran un homenaje al acto que iba a celebrarse.

De momento las campanas echan a volar como pájaros sonoros, mientras un grito ensordecedor de "¡ahí viene"! que se escapa de la multitud, es algo así como una explosión estupenda que apagara de súbito el bullicio del universo.

Por el horizonte apareció la silueta de un aeroplano; silueta que fué aumentando a medida

que se iba acercando a la multitud, el ave mecánica, que es el más portentoso de los inventos modernos.

Alejandro Pizón, el AS de los aviadores contemporáneos, era esperado con grandes muestras de simpatía, porque con este vuelo acababa de realizar la hazaña más estupenda del siglo; había recorrido 8.000 millas de vuelo sin parada, lo que constituía el asombro de todas las épocas.

Los Cuerpos sociales, los altos funcionarios del Estado, instituciones culturales y científicas; las damas más distinguidas de la localidad, las más encantadoras mujeres, como rosas hermosísimas y el Honorable Presidente en persona, el Doctor Fermín Martín y González, todos esperaban con marcado júbilo, la llegada triunfal del coloso del aire.

Cuando el ronco clamor de los motores del avión gigantesco, dejó de vibrar por sobre las cabezas de las multitudes, una avalancha humana se fué al aviador, quién enviaba saludos cariñosos desde su aparato.

El gentío se abre en dos alas, al paso del Primer Magistrado, quien lleva hacia el glorioso aviador el saludo de la Patria.

Las bandas de música entonan el himno de la República; las campanas echan a correr con el viento como si quisieran llevar al mundo entero el eco del transcendental acontecimiento....

Las banderas se agitan violentamente, como si quisieran romper sus amarras y echar a volar como las campanas y como el viento. Sin embargo el cielo estaba pálido, como si tuviera el presentimiento de que alrededor de tanto júbilo y de tanta alegría, se estuviese formando una dolorosa tragedia.

Algo imprevisto apaga de súbito el vocerío clamoroso de las masas....

El aviador magnífico, desde lo alto de su aeroplano agitaba una bandera en señal de silencio.

“Señores —dijo— no me sentiré halagado, dando glorioso fin a la obra que llevo a cabo, hasta que, por el espinazo de la nube más alta, no pasee al Honorable Presidente de la República, el ilustre Doctor Don Fermín Martín y González, para que contemple desde la altura, la grandeza de su pueblo, que es su misma grandeza. Cuando haya realizado esto, habré completado mi etapa definitiva”.

Fué entonces más fuerte el clamor que salía de entre las masas, mientras el AS y el Presidente surcaban en raudo vuelo el inmenso azul.

—Y usted mismo, señor —me dijo Alejandro Pinzón— que vivió conmigo el amargor de aque-

lla noche, que me consoló y lloró conmigo la muerte de mi madre, aquella pobre tísica—puede imaginarse cual no sería mi placer, cuando al fin, después de muchos años de estar madurando mi venganza y de ver en todos los sitios a mi madre muerta, conseguía tener en mis manos, aquellas manos de niño que no supieron sino crisparse, al hombre culpable, al doctor maldito, a quien pedía clemencia para mi infeliz madre que se estaba asfixiando. Y cuando alcé el vuelo, ya había maquinado mi venganza. Y a los cinco mil pies de altura le dije:

—Dígame doctor: ¿se acuerda usted de Marta, la tísica aquella, que murió una noche en que a su puerta fué su hijo a pedir le pusiera, por favor, una inyección para calmar su asfixia? Y, recuerda usted Dr. Martín Gonzalo, su respuesta? Pues bien, yo soy el niño aquel, de cuyo dolor no tuvo piedad ni usted ni la noche.

—Me abrió los ojos desmesuradamente; pero antes de que fuera a asirse de mí, me lancé al espacio con un paracaída que había preparado de antemano, mientras el avión triunfador y glorioso se había convertido en el avión de la muerte, y en la tumba maldita del médico.

Y así concluyó de hablarme el preso No. 111, mientras volvía a sumirse en su ininterrumpible silencio.....

UNA TRAGEDIA DEL CICLON

"HAGASE SEÑOR TU VOLUNTAD"



EPTIEMBRE 3 . . .

Las diez y algunos minutos de la noche. . . . La intensidad del viento había disminuído un poco; sin embargo, planchas de zinc que se habían aflojado al recibir el choque violento del huracán, sonaban estrepitosamente, allá en la techumbre de la iglesia de Regina, que fué amable refugio, en esa noche interminablemente larga. . . . Cada ráfaga, es decir, cada estrépito producido por las hojas de zinc desprendidas, repercutía en los corazones sobrecojidos de espanto, como la anunciación de una nueva tragedia.

En el templo, nadie duerme; las pupilas se habían como momificado bajo la impresión pavorosa del desastre; el espíritu, puso en tensión todo el organismo humano, de tal modo, que cada hombre, no era otra cosa que un centinela de hierro; y por el cerebro de todos, en este instante de intensa conmo-

ción, pasaban las ideas inacordes y en tropeles, como una fantástica confusión de lenguas....

Por la puerta rota de la iglesia, entraban de cuando en cuando pobres mujeres, con el terror marcado en la faz, llevando entre sus brazos niños que lloraban, como si ellos supieran, como si ellos comprendieran, los pobrecitos, la gravedad de aquel desastre....

En la calle sigue galopando el viento como una cuadriga famélica desenfrenada y loca, y a su paso deja un montón de escombros en cada cosa y bajo de cada casa un cementerio.

Cuantas personas aparecían por la puerta del templo, eran asediadas a preguntas; si venían heridas recibían el auxilio de todos; si no lo estaban recibían el abrigo confortador del templo y de nuestra palabra.

Entre los muchos que buscaron asilo en la iglesia de Regina, se encontraba un hombre como de unos 35 a 40 años, con el traje totalmente destrozado, de tal modo, que parecía que acababa de salvar la vida después de una titánica lucha con los arrecifes al escapar de las furias del mar. Además del destrozo de su ropa, la faz de aquel hombre, estaba deshecha por el dolor; ni aún los mismos cabellos que caían en desorden sobre su frente y sobre sus ojos, pudieron

ocultar el gran dolor, la pena honda que se acentuaba en cada línea de su rostro.

—¿De dónde viene usted, y adónde le sorprendió el ciclón?—le pregunté.

—Vengo de Galindito—me dijo—huyéndole, no a la Tormenta, sino huyéndole a la tragedia, huyéndole al dolor. Mi hogar convertido en ruina; mi esposa y mi hijo muertos.

Las palabras de este hombre, mas que palabras, gemidos y lamentos, atrajo la atención de cuantos se refugiaron bajo la techumbre rígida y formidable del templo.

—“Toda la ciudad está en el suelo—nos dijo—y debajo de los escombros, la gente.... ¡Esto es espantoso, terrible....!

—Mi hijo, mi esposa, mi hogar feliz.... todo se ha perdido.

—Yo soy empleado de una casa comercial; me llamo Marcial López y habia levantado una casita en el Ensanche Galindito, donde vivía felizmente en compañía de mi esposa, Mercedes Fernández y de un niño, fruto de nuestro amor, de apenas un año y tres meses de edad.

Apesar de cuanto se decia de la llegada del ciclón, no tuve la menor preocupación, pues siempre

había oído decir, que nunca llegaba a Santo Domingo; sin embargo, cuando a las doce y media noté que arreciaba el viento, que la casa donde me encontraba comenzaba a resentirse, dejé todo cuanto estaba haciendo y corrí hacia mi casa; pero no bien había llegado a la Avenida Capotillo, cuando era tan fuerte la furia del viento que me impedía caminar.... Las casas comenzaban a destecharse y muchas veces tuve que esquivar la caída de un frente de concreto o de maderas, que venía a aplastarme.

—Detrás de mí, sentía pavorosos gritos de misericordia y de auxilio y hubo un instante en que ante mí se desplomó una casa y de su seno salió un infeliz anciano, cuyos alaridos eran tan conmovedores que me hicieron detenerme e ir en su socorro. Cada grito que oía y cada derrumbe aumentaron mis ansias de llegar a mi casa; hasta que por fin llegué, y ante mis ojos, espantosamente terrible, apareció mi casa hecha escombros....

Este hombre, cuya rección dolorosa despertaba pena y hacía verter lágrimas a sus oyentes, dejó de hablar como para tragarse las lágrimas y se le iban anudando las palabras en la garganta.

—Y no encontré sino ruina—prosiguió— El afán de encontrar a mi hijo y a mi mujer me hace caminar sobre los escombros....y nada! Un rayo de esperanza me alienta de súbito; ¡se han salvado!

pero no bien acabo de pensar así, cuando un lloro lastimero de niño hiere mis oídos; corro hacia el sitio de donde sintiera salir el grito del niño y bajo los escombros de dos casas después de la mía, encuentro a mi hijo, que estaba agarrado fuertemente por una mano de la madre, quien estaba muerta, debajo de un pesado tablón de la casa.

El viento seguía mas impetuoso. Hojas de zinc que se levantaban del suelo pasaban sobre mi cabeza como hojas secas, juguetes de la tempestad.

La lluvia caía incesante impidiéndome muchas veces abrir los ojos para mirar. La atmósfera se enrarecía y parece que la tierra estaba envuelta en una espesa nube de desolación.

—Safé a mi hijo del brazo de la madre, lo introduzco bajo mi saco para darle abrigo y calor a su cuerpecito frío y emprendo marcha, dejando tras de mí, lo que tanto queria.

Sin embargo me sentia feliz en medio de tanta desgracia, por haber salvado mi hijo.

De súbito cesa la furia del vendabal y un sol magnífico apareció ahuyentando el odio de la Naturaleza contra la tierra.... Nada me detuvo en mi marcha de escombros sobre escombros, necesitaba

un refugio para mi hijo. Y luchando así, se oscureció de nuevo el cielo y el viento volvió más fuerte, mas trágico, sorprendiéndome en medio de la calle, sin asilo, sin casa, sin sitio donde meterme.

—Mi hijito lloraba, lloraba de tal modo que aumentaba mi desesperación. Una ráfaga violenta me hizo caer, siendo arrastrado largo trecho por la impetuosa corriente de las aguas, que al desbordarse, habían convertido las calles en ríos.

—Como Dios me ayudó me levanté y en lucha terrible contra la impiedad del viento, llego por fin a la única casa que parece estaba resistiendo gallardamente el desencadenado vendabal; y al entrar feliz, con la carga amada, con una inexplicable alegría, voy a poner mi hijo en parte segura, donde encontrara un poco de calor para su cuerpecito frío y ¡oh sorpresa! al cuerpecito de mi hijo le faltaba la cabeza..... Sin darme cuenta en mi carrera loca se la había llevado una hoja de zinc....

“Hágase Señor Tu Voluntad”—dijo el pobre hombre-al concluir su dolorosa y terrible narración.

ENTRE EL RUMOR DE LA HORA



U, poeta, que has vivido y vives embriagándote con la suave esencia de tus mismos rosales, que caminas llevando dentro de tí mismo la deliciosa carga de muchos ensueños y echas a volar el pájaro de tu pensamiento por regiones tan vastas y dilatadas donde jamás han llegado las Aguilas, dime, ¿no has sentido como el rumor de alas que se agitan entre el vacío que se forma entre el cielo y tú? Y cuando buscas en las ocultas reconditeces de tu pensamiento el adjetivo hermoso que ha de darle vida a tu verso, no has sentido el mismo rumor aquel, como de alas que se agitan, y que ahora es como un siseo mortificador que interrumpe la hilación de la idea concebida? Pues bien, ese rumor leve y a veces musical, sonoro, como voces argentinas que se disputan con el viento el ritmo musical de la misma Naturaleza, es la Hora que pasa por la vida, convertida en rumor y provocando ansias y cambiando en

el discurrir de cada minuto, nuevos giros en el pensamiento humano.

Y entre esa Hora, entre esos largos e interminables sesenta minutos que pasan sin sentirse, indiferentes al dolor y sin importancia para los bienaventurados, la vida sufre una notable transformación; es decir, esos 60 minutos que pasan por la existencia de los seres sin una aparente transcendencia, son como testigos eternos de las grandes transformaciones humanas.

Cuando el sol, como una estupenda maravilla surge del alumbramiento de la mañana y marca en la vida del hombre una Hora, nunca nos dice, que en esas Hora, que han de transcurrir, el hombre ha de sufrir la indispensable transformación de todas las cosas vividas.

Ni aun el poeta, que goza del divino privilegio de vivir en los parajes más hermosos de la tierra y del cielo; que se pierde entre las vaguedades de sus mismos ensueños; que siente—como las rosas—la caricia del rocío caído de las nubes, de esas nubes que pasan vestidas de gris en las mañanas pálidas de Noviembre; ni aun él mismo, ha podido descubrir los secretos, los profundos misterios que se esconden, entre esa Hora que pasa indiferente, casi imperceptible, como un leve rumor de alas por la existencia humana....

Y es que la Hora que pasa, es como un dulce rumor de muchas voces perdidas en el vacío, en las dilatadas distancias de las almas....

Y es que entre esa Hora que pasa, tanto la Alegría, como la Pena, el Dolor como la Risa, no son mas que "PARABOLAS DE HUMO" que esparcen los minutos y extingue la Hora cuando pasa como una gran INDIFERENCIA por la vida....

EL HONOR



POR ESO te hemos criado así, porque tanto yo como tu padre, aspirábamos que fueras la continuación de nuestras vidas, la copia exacta, de quien mantuvo hasta el mismo momento de morir su frente limpia y sin que un solo pliegue de deshonor se formara en ella.

Así habló doña Segunda Salina viuda Jiménez a su hijo Adolfo cuando éste, al unirse en matrimonio con Felicia Vidal, le había ido a pedir la bendición maternal.

Tanto Adolfo Jimenez, como Felicia Vidal, descendían de familias distinguidísimas que habían sido siempre la cita ejemplarizadora de las más altas virtudes. Y si el hogar de los Jiménez tenía renombre de santo y virtuoso, el de los Vidal no lo era menos,

ya que no tenían un solo lunar que manchara la impecable historia de aquel apellido.

La unión de Felicia y Adolfo colmó el anhelo de ambas familias.

Felicia desde muy niña había sido internada en el Convento de las Carmelitas de la Aldea de San Carlos, y de él no hacía más que tres meses había salido, nutrido su espíritu con la alimentación de los rezos y con la creencia de que nada existía más agradable a la vida, como las voces místicas del armonium en la grave e inalterada paz del templo, como el rumor casi rítmico de los cirios; como la contemplación de la lluvia, por los ventanales del Convento; como la frescura incomparable de las mañanas primaverales en los jardines de la escuela. Para ella la felicidad era, contemplar el surgimiento del sol entre el gris triste de las últimas mañanas del invierno. Sin embargo, al entrar en un nuevo mundo, el mundo de la unión conyugal había sentido una sensación distinta a aquella experimentada, cuando del órgano salían notas divinas que la extasiaban de placer.

Adolfo, por el contrario había sido educado por su mismo padre, don Fernando Jiménez y Méndez, quien, como un escultor, había modelado en él, al hombre de bien, honrado, estudioso, trabajador y aferrado a las leyes del honor.

Para Adolfo no había otra mujer que su Felicia; tal era el ejemplo visto en su padre. Para Felicia no existía mas amor ni mas querer que aquel que ella habia sentido por Adolfo.

Asi era el hogar de Adolfo y Felicia, eterno remanso donde el amor calentaba sus alas.

Un dia, llegó hasta la casa de Felicia "la parte" [1] que le habia mandado el nuevo vecino—los esposos Lugin-Pérez—quienes acababan de mudarse junto a su casa.

Como es costumbre, Felicia participó a Adolfo "la parte" y al dia siguiente hicieron la primera visita a los nuevos vecinos.

Luego Emilio y Matilde—estos eran los nombres de los esposos Lugin Pérez—, correspondieron a la visita, y el cambio de impresiones comenzó a formar los vínculos de la amistad.

Mientras Adolfo y Felicia pasaban las noches en agradable velada conyugal, Emilio y Matilde, noche por noche salian de su hogar a caza de una u otra diversión.

No bien había amanecido, cuando Matilde—despues del acostumbrado "buenos dias"—contaba a Felicia las gratas impresiones de la noche anterior.

—Imagínate Felicia—decía Matilde en el mas franco de los goces—que Emilio y yo estuvimos anoche bailando donde los esposos X, y qué de gozar... y antes de anoche nos fuimos al beneficio de Migdalia y de allí nos fuimos al Casino de la Playa, donde hizo su aparición un príncipe indio con los mas ricos atavíos... y lo mas interesante fué que el príncipe le dió con bailar conmigo; y aquello fué delicioso....divino.... Tú no te puedes imaginar lo mucho que gocé.... ¿Por qué ustedes no van con nosotros? Ustedes no salen, por qué.

—No niña—seguía diciendo Matilde—la vida es corta y hay que divertirse, hay que gozarla....!

—Un Príncipe indio, has dicho, Emilia?—dijo Felicia un poco asombrada.—¿No exageras? Los príncipes indios viven en la India, y apenas salen a viajar por estas tierras de América; al menos esta siempre ha sido mi creencia, pues así lo he leído.

—Pues un Príncipe Indio, así como te lo cuento — contestó Matilde—y esta noche precisamente, se dá una fiesta en su honor, ¿quieres ir?

La aparición de súbito de Adolfo en el mismo sitio donde conversaban las nuevas amigas, dejó trunca la invitación hecha. Sin embargo, el rostro de Felicia se vistió de un rosado carmin, como si el presentimiento de ver de cerca un príncipe indio lle-

nara de agradable sensación su espíritu, y al despedirse de Matilde, aceptó la invitación, sin decir nada a Adolfo.

Una rara coincidencia, o una ingerencia del destino en las cosas humanas, hizo que Adolfo, esa misma noche, participara a Felicia, que tenía que ausentarse hasta el día siguiente, por un asunto urgentísimo, relacionado con sus negocios.

Y nunca se había sentido tan afortunada Felicia como en aquel instante, pues no estando Adolfo, podía ir con Matilde y de este modo podía ver de cerca, como era su anhelo, un Príncipe Indio.

Un ensueño que se iba a realizar; una ilusión transformada en la más vivida realidad—asi pensaba Felicia, mientras a su alrededor comenzaba a germinar la semilla de la tragedia.

Emilio, llevando de un lado a Matilde y del otro a Felicia concurrió a la fiesta ofrecida en honor al Príncipe Indio.

Para Felicia todo era nuevo: la iluminación de los salones, el surtidor de agua maravillosa colocado en el centro del salón; el aire impregnado de perfumes incitantes; la música alegre, festiva, llena de encantos y tan distinta a la música que se escapaba del órgano en el silencio del Convento; guirnaldas

de flores tejiéndose por entre el juego de luz de las bombillas orientales; en fin, para Felicia era un sueño todo aquello; dijérase que ella había sido transportada al verdadero paraíso....al cielo.

Y gozó mucho, como gozara también Matilde..

En esta fiesta, Felicia no solo pudo ver de cerca al Príncipe Indio, sino que alguien dijo a su oído muy quedo y muy dulce, versos de amor que ella nunca escuchara de Adolfo....

Así comenzó Felicia a palpar la vida real. La vida que pasa entre el delicioso placer de las cosas no subidas....

Y Felicia volvió muchas veces al Casino de la Playa, al Cine, al baile, sin que nunca lo sospechara Adolfo....

Una noche, regresa Adolfo a su hogar después de haber salido a un asunto de urgencia comercial a otro pueblo; pero al encontrar en el trayecto del viaje a la persona que iba a ver, optó por regresar y cual no sería su asombro, al encontrarse con la casa sin que en ella estuviera su esposa. Presintiendo alguna desgracia, sale para el hogar de sus padres; pero al pasar por el Casino de la Playa y por una de las ventanas de cristal que dan a la calle, ve un rostro muy parecido al rostro de Felicia; sinembargo

sigue; pero no había dado diez pasos, cuando se devuelve, como aconsejado por un terrible pensamiento, y no pudo contener un grito de sorpresa al ver a Felicia, quien copa en mano, parecía como embebida en alguien, que junto a ella le estaba diciendo muy quedo, versos de amor.

Adolfo ultrajado en su honor de hombre, manchado su nombre, no puede contenerse, saca de su bolsillo una pequeña pistola y se dirige como un loco a la mesa donde Felicia, su compañera modelo y virtuosa, había echado una mancha sobre el limpio e impecable nombre de sus padres, y en un arranque de angustia, apunta y . . . a la explosión de un neumático de un carro que pasa junto a su casa, Adolfo se desploma de su lecho ruidosamente y despierta. . .

(1) "La parte," aviso dado por las familias, al cambiar de residencia a los vividores mas cercanas.

SILUETA



N el instante mismo en que la hora parecía surgir, como una interrogación entre el cielo y la tierra, nos encontramos tú y yó....

Yo, sutil, delicada, vaporosa como un hilito de luz que se filtrara por la hendidja de una olvidada ventana y que es como una indiscreta mirada, y tú, avasallador, indominable, poderoso y con una envidiada tiranía, en cada uno de tus actos.

Nos encontramos, precisamente, cuando yo iba riante y feliz, a ofrecer el milagro de mi bondad, fruto de bendición que riego por el mundo a "manos llenas", y tú, orgulloso de tu poderío sentimental, vas hacia el mismo derrotero llevando distinta intención.

La hora había avanzado lenta y rítmica; el sol se estaba escurriendo por entre el motivo poético de las nubes, como si se sintiera fatigado de tanto alumbrar y como si sus rayos no tuvieran ya fuerza para seguir dando vigoroso calor al gran pulmón del mundo....

En los parques la algarabía infantil llenaba de feliz embriaguez el espíritu y los aires agradables y frescos, movían levemente el remaje de los árboles.

Y seguimos los dos por la misma senda.... Ni una sola palabra interrumpió nuestros pensamientos como si entre ambos fueran desfilando ideas y razones, promesas y esperanzas, el bien y el mal.

Como si cada uno formulara un plan; como si en cada una imaginación fuera desenvolviéndose un difícil problema algebraico.

De momento una silueta apareció en el fondo del mismo camino que llevábamos los dos, y como si ésta súbita aparición fuera algo que anheláramos encontrar, de tu pecho salió una exclamación de júbilo y de mis labios, sin poder evitarlo se escapó una sonora carcajada.

—Por fin apareció—dije entre una espontánea y franca manifestación de gozo.

—Ya viene—dijiste—envolviendo en estas frases tu gran desprecio y tu gran intención.

La silueta fué lentamente creciendo, a medida que se iba acercando. Una figura agradable, simpática, dió al camino, aparentemente solitario por donde íbamos nosotros envueltos entre la niebla sutil de lo invisible, palpitación de vida.

La figura aparecida hizo que rompiéramos el mutismo conservado largo rato, mientras los dos caminábamos por el mismo camino.

—¿A dónde vas? dijo mi compañero de ruta a quien venia hacia nosotros, por la misma vía.

—Hacia el triunfo—dijo—como si se sintiera orgulloso de sí mismo.

—¿Y que llevas para conquistarle?—inquirió de nuevo, mi compañero.

Mi gran disposición, mi honradez, mi sinceridad, mi decidido amor hacia el bien y por sobre todo esto: un poquito de Talento que como una donación especial, me ha concedido la Naturaleza.

—¿Y que más?

—No basta eso....! ¿Es que no es suficiente

una de estas cualidades para ascender hasta el Triunfo?

—Bien está; pero no sabes que yo soy mas indispensable que todo cuanto has citado, y no me tomas en cuenta. ¿No sabes que sin mí no podrías llegar nunca? ¿No comprendes que soy una especie de puente entre la Vida y el Triunfo?

Reí entonces con gusto. Una carcajada mía interrumpió la plática de los desconocidos.

—El no me ha citado a mí y sin embargo no me enoja. Y tengo tanto poder como tú, como Talento, como el Bien y sin mí nada se adquiere —dijo—.

—Nada vale ya—dijo mi compañero—castigaré su falta de cumplidos, su olvido y su orgulloso envanecimiento por su talento. No podrá llegar hasta el Triunfo.... Yo lo impediré. Y tomando de un brazo al personaje, que no era otro que el Periodista, se devolvió con él por la misma ruta que habia caminado.

—Y yo iré tambien—dije entonces, tomándole por el otro brazo y desandando como aquel la misma vía. Y mientras tú le niegas el paso para llegar hasta el Triunfo, yo le impulsaré hasta llegar a él.!

Y vosotros que vais conmigo por el camino del mundo entorpeciendo mi camino unas veces y otras

llenándole de halagadoras promesas; vosotros, ¿quienes soy?—interrogó el Periodista.

—Yo soy la fuerza poderosa que destruye la felicidad del hogar, que entorpece la ruta del Estudiante que va ganoso de gloria hacia la profundidad de los libros; la sombra negra que se proyecta en el amor venturoso; el que cambia el pensar del empleado modelo y eficiente; la muralla incommovible del político; el entorpecedor de las nobles empresas; el que estoy en todo, porque soy indispensable, como lo es el Sol....

Yo soy el OBSTACULO.

Y tú, quién eres—me interrogó el pobre Periodista casi vencido ante lo que acababa de escuchar.

—Yo—¿que quien soy?—Tu amigo inseparable, que te ha llevado a los mas elevados sitios, quien te impulsa a todo lo que es noble y a lo que es grande; quien te sirve de guia en los caminos mas oscuros, quien te alienta y quien te dá fuerzas para llegar hasta la conquista del Triunfo.... Yo soy la PERSEVERANCIA !

Asi van por el camino del mundo el Obstáculo y la Perseverancia disputándose siempre al primero, que como una leve silueta se atraviesa en sus rutas.

LA NOSTALGIA DE LAS NOTAS



NA noche, mientras el cielo estaba negado a regalar a la tierra un poco de su luz maravillosa; y cuando ni una estrella siquiera, como una mirada picaresca o como un lunar, —exquisita coquetaría en la mejilla de una mujer hermosa— se mostraba en el firmamento, en el grave silencio de la media noche, una guitarra sonora como un piano, interrumpía deliciosamente el silencioso caminar de las horas nocturnas....

Junto a la nota cantarina de la guitarra sonora, una voz llena de frescura y hecha sentimientos, brota de la garganta, como un chorro de melodías y parece que la guitarra y la voz, iban fundidas en una misma y como volando con unas mismas alas....

Se detiene al rumor y al eco de la guitarra y la voz en la alta noche el que camina indeciso, sin rumbo cierto, bebiéndose las horas como largos sorbos de indiferencia y de olvidos....

El pensamiento se enriquece con el oro puro de los recuerdos. Y en ese instante en que la guitarra parece gemir a la presión violenta de los dedos del arrancador de sonidos, por la calle, como visiones, desde otros mundo al rumor de las notas de la guitarra, dijérase Scalan, Raudo Saldaña, Alberto Vasquez y cuantos poetas de la noche dejaron junto a una reja el oro líquido de sus inspiraciones, llegan a confundirse o a arrancar también a la guitarra notas y motivos de amor.

De momento cesó el plañir de la guitarra. La voz se esconde otra vez en la garganta prodigiosa, mientras en el silencio de la media noche el eco va repartiendo:

“Si en el silencio de la noche, Aurora,
escuchase una voz, junto a tu puerta,
No me maldigas, por piedad, que en esa hora
es mi alma quien canta y te despierta
con la tristeza de su amor que llora.”

Quedó la noche sin el rumor de la guitarra y sin el arrullo de la voz que saliera de la garganta

M A N A N T I A L

como un prodigio; pero tras la reja de la ventana, donde se detuvo la voz como una queja, y la guitarra, como un murmullo, una figura blanca como un sueño, surgía de entre la sombra como un alma.... como el motivo de la canción.... como un angel....

**DIOS LO CASTIGO DANDOLE
LA VISTA**



NA sala de audiencia penal repleta de gente. En el banquillo de los acusados un anciano encorbado bajo el peso de los años y quien sabe encorbado tambien por el peso formidable de la pena.

Ha sonado el timbre y se suspende la audiencia; los Jueces se han retirado de la sala para deliberar. Por el ambiente la inquietud revolotea como una mariposa, hay algo que es ansia, dolor y angustia y solitario y abandonado de todos, estaba aquel anciano, sobre cuya cabeza estaba cayendo un rayo de sol como un peso formidable.

El agente de la fuerza pública que custodia al reo, parecía como sumido en hondas reflexiones, y como si no me diera cuenta de su presencia, me

acercó al reo, con la intención de hacerle levantar la cabeza, que parecía como hundirse entre sus hombros.

—Dios, amigo mío— dije al anciano—no abandona al hombre ni aun en los instantes de mayores angustias; ponga en El su esperanza y su fé y El le ayudará a salir con bien.

—Dios....! me contesta el anciano alzando un poco la cabeza—en esta vez se ha acordado de mí; pero fué para castigarme....

Y otra vez inclinó la cabeza sobre el pecho, como si rezara....

—¿Presenció Vd. la causa?—me interroga prontamente como si adivinara mi pensamiento.

—Llegué tarde. Abandonaban los Jueces los Estrados para deliberar—contesté.

--Entonces escuche Vd. y comprenderá por qué he dicho que Dios se acordó de mí; pero fué para castigarme.

—Cuando vine a la vida—me dijo el anciano—Dios me negó el don de la vista: Nací ciego. Mis padres, que eran rico, compadecidos de mi desven-

tura, me colmaron de todas las bondades y de todos los amores que se puede ambicionar en la tierra. Conforme y resignado crecí hasta que llegué a formarme un hombre.

Cuando había cumplido los veinte y cinco años y comprendiendo mis padres que yo tenía que llenar una necesidad biológica en la vida, resolvieron casarme con una muchacha muy buena que había crecido conmigo y había sido muchas veces la luz de mis propios ojos.

De ésta unión, quiso el cielo que naciera un niño. Pero a este hijo mío no lo alcanzó mi desventura: él veía.

¡Pero nunca es completa la felicidad! Cuatro años después de nacer aquel niño, mis pobres padres pagaban su tributo a la tierra y tras ellos, con el intervalo de días, y como si sobre mi hogar se hubieran alzado las alas negras de un ave fatídica, se fué mi compañera.

Y sólo, con aquel hijo amado que apenas comenzaba a vivir, que no sabía del dolor de la vida y que no sabía de nada, hice de las cuatro paredes de mi habitación, casi mi sepulcro....

Mis padres, al morir—siguió diciéndome el anciano—dejaron tan bien organizados sus bienes de

fortuna, que eso me permitió el beneficio de una segura renta.

Junto con mi hijo y conmigo, quedó en casa Marciala, esa pobre vieja que Vd. vé ahí—me dijo, señalando una mujer que estaba en un rincón de la sala—y ella cuidaba de nosotros con el mismo cariño de familia.

Así transcurría nuestra existencia, hasta que mi hijo hubo cumplido los doce años.

Mi hijo—la prolongación de mi vida, luz única de mis ojos, mi único amor,—no podía seguir así, unido a mi vida de ermitaño, de perpétuo solitario; necesitaba aprender, saber algo, educarse, ser algo para mí y para él. Y pensando así, determiné que se fuera a París, donde yo tenía unos parientes para que ellos se encargaran de su educación.

Y se fué a París aquel hijo, dejándome como recuerdo muchas esperanzas y muchos besos....!

.....

Enmudeció un momento el anciano, dos lágrimas que corrían por sus mejillas, al perderse entre el bigote blanco, parecían como dos puentes por donde estaba pasando el dolor.

Respeté aquel silencio y me conmoví.

—Mis años—me dijo de nuevo el infeliz hombre—los tantos padecimientos y mi vida de encierro, empezaron a aniquilar mi organismo; y como una consecuencia natural, comenzaron también los achaques y las dolencias.

Mi hijo me escribía con frecuencia diciéndome de sus progresos y cada carta suya era como un alimento confortable de mi pobre espíritu.

Al notar Marciala que mis dolencias iban de mal en peor, se buscó un médico y este me aconsejó que me fuera un tiempo al campo, a las afueras de la ciudad, donde de seguro el aire puro haría mucho bien a mi organismo.

Sentí abandonar aquella casa, cuna de mis padres, cuna mía y cuna de mi hijo; pero era necesario. Y a corta distancia de la ciudad, en un lugar solitario, medio kilómetro no más, trasladé la pesada carga de mis dolencias....

Marciala se quedó en la ciudad; pero nunca dejó de cuidarme, yendo tres y cuatro veces al día.

Dos años llevaba allí y el cambio de ambiente me fué tan bien que decidí alargar por tiempo indeterminado mi estada.

Una noche, Marciala me dijo que en vista de que ya yo me encontraba bastante bien, debía irme para la ciudad, pues élla no creía prudente que permaneciera sólo en la casa de noche, cuando eran muchos los robos que se estaban cometiendo. Y que cualquier noche podría ser visitado por algún ladrón, ya que la casa estaba tan aislada.

Deshice cuanto pude los temores de esa buena mujer; pero en mí se grabaron como un sello de fuego aquellas palabras: "podrá ser visitado por un ladrón", obsesionándome de tal manera que sentí miedo.

Ir a la ciudad—me decía yo—es demostrar, ante los ojos de Marciala, miedo, y permanecer sólo y ciego en esta soledad, era una imprudencia. Pero no me decidía....

Seis o siete días después de haberme dicho Marciala, lo de la visita de ladrones, momento después de sonar en el reloj las ocho campanadas de la noche, siento como que alguien abre la puerta del jardín y corre en puntillas la distancia que hay entre el jardín y la puerta del zaguán. ¡En ese momento me disponía a acostarme! Aguzo el oído y oigo el crac, crac de la cerradura de la puerta que cede a la llave. Doy un salto y sin pensar en otra cosa que en el ladrón, me arrimo a la pared y de espaldas, restre-

gándome para no perder el control de la habitación, llego a la puerta de mi aposento y me detengo; suspendo la respiración para apereibir mejor los movimientos del inesperado visitante, mientras en la habitación próxima, el ras, ras de un fósforo, me indica que va hacia el comedor, la empuja y siento entonces como el tope de dedos que suenan al ser ajitados violentamente—se quemó al extinguirse la luz del fósforo entre sus dedos—me dije.

Momentos después el mismo ras, ras, de antes, otro fósforo y entonces, siempre en puntilla (sobre la punta de los zapatos) se acerca a mi aposento; se detiene un instante como para apereibir ruido, y, luego empuja la puerta muy suavemente.

Desde que la puerta comienza a ceder la siento, pues yo había tenido la precaución de apoyar mi brazo derecho sobre ella, de modo que al abrirla quedase yo detrás. Sigue el nocturno visitante empujando suavemente la puerta. En su mano ya no hay luz, pues al abrir la puerta, siento que roza su mano con la otra hoja de la puerta cerrada como si tanteara.

En su mano adivino un garfio, muchas llaves, quizas un cuchillo, tal era mi estado de nerviosidad.

De pronto se cierra de nuevo la puerta y siento muy cerca de mí una respiración muy agitada, violenta, que azota mi rostro, mientras siento que abren una caja de fósforo para hacer luz; no pierdo tiempo y, poniendo en mis manos las fuerzas que se multiplicaban por mi estado de nerviosidad, me lanzo sobre él acierto a agarrarlo por el cuello. Mis manos se transforman en formidables tenazas que aprietan y aprietan aquella garganta. Yo gritaba: muere ladrón, asesino....! mientras dos manos sin fuerzas suficientes para arrancar las mías luchaban inútilmente....

Un minuto después, aquel cuerpo se desplomaba por el suelo pesadamente.

Aquella noche fué sombría, interminable, como la noche mas negra de mi eterna noche de ciego. Sin embargo, el menor remordimiento no acusaba mi conciencia. Me habia defendido y habia matado.

El cantar de los gallos denunciando la mañana, rompía la horrible monotonía de aquellas horas, cuando siento que alguien llega a la casa: es Marciala.

Julián, Julián—me llama desde que llega a la puerta—¿dónde está Panchito?

Panchito!....mi hijo!....—me dije—Y fué entonces cuando casi comprendí....

Mi hijo—continúa el anciano—mi pobre hijo había llegado de París—me dijo Marciala y para darme la más feliz y dichosa de las sorpresas, no se hizo anunciar y vino a mi casa, su casa, la casa de su padre a verme, a quererme y a decirme cuanto había aprendido y cuanto había vivido, mientras yo, tomándole por un ladrón, lo estrangulo y lo mato.

.....

Aquel pobre viejecito, venido a la vida para sentir solo dolor, para apurar hasta el fondo la copa de la amargura, lloraba, lloraba como un niño, su última desventura....

—Perdí el sentido—continuó el viejecito—Un extraño fenómeno patológico se desarrolló en mi organismo y al volver en mis sentidos, mis ojos se abrieron y contemplé la luz y miré por primera y última vez, el rostro de mi hijo muerto.

Dios se acordó entonces de mí; pero fué para castigarme....!

.....

Así terminaba el viejecito su historia, entre un raudal de lágrimas, mientras la sala de la Corte se llenaba de Jueces y de gente.

¡ V E R E D I C T O !

—Las leyes de los hombres—dice el Juez—si alcanzan el presente caso, no han previsto que haya padre que mate a su hijo cuando este hijo, sea, como en el presente caso, el único rayo de sol de que ha disfrutado su vida.

La justicia de los hombres, aun comprobando la realización del hecho, resuelve librar de toda pena al reo; por que el Juez, en sus apreciaciones, encuentra la no intención del hecho, fatalmente cometido.

Dios—termina diciendo el magistrado—que es el verdadero justo dió ya su castigo al reo, dándole la vista para que contemplara su obra, destruída por él mismo....!

LA VIDA ES ASI !



A mañana está fresca, deliciosa, llena de Primavera, de luz y de vida. Los árboles se mecen rítmicamente al roce inquieto del viento.

En todo el ambiente hay como un sugerente motivo de vida.... El sol espléndido, hermoso, luce gallardamente por entre las ramas de los árboles, y como que se detiene a intervalos, cuando al penetrar por entre la arboleda da una caricia al jardín....

La mañana está fresca. Las golondrinas hien-den el espacio y zig-zaguean entre el divino azul del cielo y la tierra pródiga y maravillosa.

El chorro de agua del río que desde una peña se desliza produce la nota musical, alegre, cantarina de

la selva, y como si rompiera la serenidad augusta de los montes, una casta campesina muestra todo su aire pintoresco, que armoniza con la Naturaleza, con la alegría de los árboles con el viento y con el mágico atractivo que habla en todo el conjunto artístico de la mañana.

Laila, la niña de la casita campesina, que era algo así como la única mariposita de aquel hermoso jardín oculto entre la altura gentilísima de los pinos, como de costumbre recorría todo cuanto tenía para ella atracción y encanto. El arroyo, la floresta donde ella recojía las florecillas silvestres para engalanar una que otra vez el rubio seda de sus cabellos. los nidos de los pajarillos, o se perdía en las inmensas calles de sombras producidas por la frondosidad de los corpulentos arbustos....

Laila había cumplido ya los diez y seis años.... Una Primavera de vida recorriendo los hermosos parajes de la Primavera forestal!

Y esta mañana elegida por ella para embriagar su espíritu con toda la esencia hecha vida de la Naturaleza tuvo para Laila una emoción distinta.. Allá junto al arroyo donde tantas veces ella vió reflejada su imagen, donde tantas veces ella alegró su vista, cuando la linfa cristalina iba como rizándose, como formando tachones armoniosos y rítmicos, un apuesto mancebo, hermoso y gallardo como un Príncipe

oriental, puesto de rodillas extraña del arroyuelo el prodigioso líquido, entre sus manos ahuecadas, que parecían dos conchas marinas y bebía ávidamente, como si el sol del trópico le hubiera estado quemando las entrañas.

Las gotas de agua que caían de las manos del sagal volvían contentas a perderse en la corriente del arroyuelo. Una mirada de Laila descubrió al joven y como si la mirada de ella llegara al mismo corazón del mozo, volvió la cara como influido por un mágico poder, y la miró también.

Un susto, una emoción dulcísima, una sensación hasta ahora nunca sentida cambió el encendido carmín de las mejillas de Laila por el pálido mate.

El, Roberto, que como ella, recorría las inmensas distancias en busca de algo que no supo nunca, sacó prontamente las manos del arroyuelo, púsose de piés, y de un salto cruzó la corriente y se perdió en la selva.

Esa mirada bastó para que se comprendieran sus almas, para que sus corazones latieran con un mismo ritmo y para que por sus mentes jóvenes cruzaran ensueños que nunca había sentido ella y jamás había experimentado él.

Y el arroyo que conservaba en su seno la imagen de Laila, desde aquella mañana copiaba la imagen de Roberto, quien venía a interrogarle, luego que Laila se alejaba.

Así pasaban los días mientras el amor iba tejiendo ensueños en el alma de Roberto, y poniendo mayores ternuras y ansias en el corazón de Laila.

Tímido él, esquivaba ella, se mantenían a distancia, mirándose dulcemente a través de las hojas de los árboles, a través del pensamiento, al través de ese gran impulso emocional que llamaba sus vidas.

Lo único que le indicaba a ella la presencia de él, eran las huellas de sus rodillas grabadas en el lodo de la orilla, y que él dejaba mientras oraba a Dios por ella.

Un día, otro y otros muchos pasaron y ella no encontró en la orilla del arroyo las huellas de sus amadas rodillas... Su corazón sintió el primer dolor, sus ojos azules se llenaron de lágrimas, y su alma, como una flor se fué poniendo triste y pálida.

Roberto enamorado de aquella niña, de aquella visión divina que él veía surgir todas las mañanas en la orilla del arroyo como algo irreal, no pudiendo hablarle, decirle cuanto le quería, cuanto la amaba, se quebrantó en su salud y tuvo muchos días sin de-

jar en la orilla la huella de sus rodillas ni su oración que recogía la corriente. La ausencia de Roberto llenó de angustia y penas infinitas el sencillo y tierno corazón de Laila y se enfermó también.

Las mañanas cambiaron su tinte alegre, el jardín no se engalanó con una rosa mas cuidada con tanto amor por aquellas manos primorosas y bellas; el canto del arroyo fué doliente como si él también como Laila y como Roberto se sintiera enfermo de amor.

— Qué será de él— pensaba ella-- que no ha vuelto al arroyo? ¿Por qué Dios mío, me has negado a mi lo que a otros le has concedido?

Y pensando así se sumía la pobre Laila, la alegre Primavera de ayer y enferma y mustia florecilla de hoy.

Pero un día, muchos meses después en que ya de Laila no queda sino un imperceptible reflejo de vida, un sonar de cascós, como de bestia desbocada, rompe la tristeza de la casita campesina y alguien llega, y alguien habla a los padres de Laila.

Un silencio supremo, un fulgor de vida ilumina la pupila de la enferma y en un instinto de amor y de anhelo, imprime un vigoroso impulso a su organismo y se incorpora como si adivinara la repercusión de los cascós de la bestia y la llegada del amado.



Sus pupilas se abrieron, un soplo de luz pasó como un celaje por aquellos ojos que desafiaron la belleza del cielo y el poder del sol, como si quisieran decir:

—Madre, madre! ¿quién ha llegado ahí?

Y la madre de Laila dijo en su lenguaje mímico todo cuanto le había dicho el mensajero llegado y que no era otro que el padre de Roberto. “El murió de amor y de pena, al convencerse de que élla no le amaría nunca al saber que él era mudo”.

Y sinembargo, ella le esquivó siempre y ahora moría de amor y de pena, pensando que él no la amaría nunca porque élla era muda, también!

IRONIAS DEL DESTINO

CONFIDENTIAL



ABIAN pasado los días de Noche Buena y de Año Nuevo y en el alma entristecida de Pedro José no se borraba la angustia de esas noches, en que no tuvo para comprarle a su hijo Joselito una caja de fósforos de Bengala, ni regalar a su pobre mujer una botellita de vino....

Pero lo que le atormentaba ahora, haciéndole sangrar el corazón era la proximidad del Día de Reyes.

Al no conseguir trabajo para llevar la Noche Buena y el Año Nuevo a su casita, situada allá en el extremo norte de la ciudad, había conseguido calmar

un tanto las penas del niño, augurándole la llegada de los Reyes Magos.

Y ya muy cercana la noche en que los niños ricos y los niños pobres sueñan con los más costosos y lujosos juguetes, Pedro José no había encontrado un solo amigo a quién pedirle ayuda en su aflicción ni había conseguido tampoco el medio que le permitiera ganar lo indispensable para comprar a los Reyes Magos, el jugueteo para su hijo.

—Dios mío—decía el pobre padre en su extrema angustia--será posible que Tú no me concedas el medio de conseguir trabajo para comprar a Joselito si quiera un juguete de diez centavos?

—¿Será posible Señor que hasta mí no llegue Tu piedad divina?

—No Te pido que me des que comer. No Te pido zapatos, para mis pies que ya se han acostumbrado a pisar la arena caldeada por el sol y a tropezar con los pedruscos del camino.... No Te pido un trapo para cubrir la desnudez de mi infeliz mujer, porque élla como yó se ha resignado a Tu Divina Voluntad, pero no le niegues a élla y amí lo que Te pedimos de Tu Santa Gracia: Dame trabajo para que los Reyes Magos no pasen desapercibidos por mi casa....!

Y después de pedir con profunda devoción, Pedro José levantaba los ojos al cielo, y cuando un rayo de la luna cayó en pleno sobre su faz, por sus mejillas corrían las lágrimas como dos hilos de plata.

En la casita, pobre nido de amor de los padres de Joselito, el insomnio había apresado entre sus garras formidables a Pedro José y a Julieta su compañera ejemplar. Sin embargo en un apartado rincón del llamado aposento, donde se levantaba una especie de "tarima" Joselito envuelto en guñapos y pedazos de telas deshechas por el uso y por el tiempo, sonreía a veces en su sueño profundo, como si estuviera recibiendo de los Reyes Magos, un tambor, una corneta, un carrito o una caja de soldados, sin saber el pobrecito que alrededor de su cama estaban de vela la angustia, el dolor y las lágrimas.

Comienzan los albores de la mañana. Naturaleza se atavía de pompas y luce ya su incomparable gala en una aurora hermosísima....

El gallo canta alborozado también ante el nacimiento del día....

De momento la bocina de un auto rompe la gravedad festiva de la mañana.

Alguien se detiene en la humilde casita del pobre hombre.

—Vive aquí Pedro José—dice el recién llegado, luego de dar algunos golpecitos en la puerta.

—¡Sí!—¿Quién es?—preguntan de adentro.

—Si él está ahí, que salga pronto para que conduzca mi automóvil en un viaje a Santiago.

Soy yo, Don Manuel.

Y antes de abrirse la puerta una exclamación se escuchó dentro de la casita—¡Gracias, Señor. Me has oído!

La ciudad que se mantuvo hasta muy tarde levantada, animada, regocijada por la llegada de los Reyes, se recogió al fin y se sumió en un largo silencio.

Niños madrugadores despertaban el rico vecindario con sus pitos, tambores, cornetas, músicas y gritos de alegría....

Pedro José, quién había realizado el viaje a Santiago más pronto que nunca dejaba tras la carretera una espesa nube de polvo.

Para él, el carro "Packard" que venía guiando no corría, a pesar de sus 100 millas.... Las curvas, los puentes y las rectas eran iguales para él.... Lo importante era llegar a tiempo para llevar a Joselito

el regalo de los Reyes Magos. Hasta que, en esa carrera desenfrenada y loca, se enfila a la ciudad, que aparece alumbrada con focos eléctricos.

La mañana asoma entre el claro oscuro del amanecer.

Pedro José, se ha olvidado de levantar el pié del acelerador, y el carro siempre veloz penetra de improviso en una de las avenidas, y cuando toma la última curva para entrar en la ciudad franca, siente que el guía le tiembla en las manos y que el carro ha tropezado con un objeto que por poco se vuelca. Sin embargo, Pedro José no se detiene.... El llegar a su casa a poner a Joselito su regalo de Reyes antes de que él despertara con el griterío de los otros niños, era su obsesión. Pero al llegar al Parque de la ciudad, fué detenido por el Agente de servicio y conducido a la Estación de Policía.

—¿Por qué se me trae aquí?—dice Pedro José, ignorando su gran fatalidad.

—La víctima con quién chocó este bárbaro—dice un Agente de Policía que acaba de llegar a la Estación—se encuentra en la Sala de Socorros y tenía en los brazos un niño como de tres años, que también murió.

—Ella antes de morir—siguió diciendo el Policía—dijo que se encontraba allí esperando a su mari-

do que era chófer, quién había salido para Santiago, y que ella se llamaba Julieta.

—Cómo mi mujer y mi hijo!—exclamó el infeliz Pedro José desplomándose como una masa inerte en el salón....

Y el pobre padre atenaceado su pensamiento por los rigores de la miseria que le impedía comprar un pequeño juguete de diez centavos para su hijo Joselito en el día de los Reyes Magos, dando gritos desesperados, despertó de tan horrible pesadilla.

HUMORISMO DEL CICLON

SALVESE QUIEN PUEDA 11



SEPTIEMBRE acaba de pasar envuelto en una nube de desolación, de tragedia y de muerte....

La tétrica tarde del 3 se vá cubriendo de olvido; y es así, si pensamos que si el dolor fuera eterno, si no existiera la resignación, ya el mundo, es decir, los que viven en él habrían dejado de existir, por que en el Universo entero no hay una sola persona que no haya sufrido un dolor.

Es cierto que el ciclón del 3 de Septiembre de 1930, sembró la desolación por todas partes; es cierto que todas las plumas, la nuestra también, han descrito los cuadros más espantosos de aquella tarde sin

nombre; pero nadie se ha detenido a observar como lo hacemos ahora, la importancia humorística que tuvieron algunos pasajes que revividos por nuestros recuerdos, en apasible recogimiento de nuestro espíritu, no hacen otra cosa, que arrancarnos un poco de risa y hasta una carcajada.

No hubo un sólo mortal, que no sintiera el resblandecimiento de la médula, detrás de la cual se parapeta, como en formidable trincheras, el valor. No hay hombre, por más valiente que sea, que resistiera ecuánime, como un pedazo de piedra, los cintarazos de la Naturaleza, cuando ésta como en esa tarde, jugó con la ciudad de Santo Domingo, como si fuera una ciudad de cartón.

El hombre que diga que no sintió miedo, es un grandísimo EMBUSTERO; pero en esta gran tragedia hubieron hombres que si hubieran tenido el DON de hacer un BOQUETE de 3000 metros de profundidad y luego meterse en él para librarse de los techos, lo hubieran hecho, aunque ese boquete se le hubiese llenado de agua.

Uno de los episodios más emotivos en el ciclón, es este que vamos a narrar, y que si en la tarde del día 3 de Septiembre nos hubiera llenado de compasión, ahora nos provoca risas.

Fello Osta, es uno de esos tipos especiales que vienen al mundo, mas por una equivocación que por enjendro de la madre Naturaleza; era tan ECONOMICO por no decir avaro, que no alumbraba la casa con lámpara de gas porque el petroleo quemado le hacia daño y no ponía istalación eléctrica en su hogar por temor a un corto circuito, y para alumbrarse utilizaba la luz de una bombilla que habian puesto en la esquina cuya luz se filtraba por la ventana.

Fello habia conseguido levantar una casa en uno de los ensanches de la ciudad, pero para conseguir ésto, no son capaces ustedes de imaginarse las cosas que tuvo que hacer, pues el sueldo que tenía donde trabajaba de noche, era de \$6.00 semanales. Entraba al trabajo a las cinco y se llevaba dos galletas o panecillos de a centavo, se comía uno a las doce y muchas veces a las cuatro de la mañana lo sobraba galleta o pan.

Llega la memorable tarde del 3 de Septiembre y a Fello, como es natural le sorprende dentro de su casa, junto con su mujer y una hija de crianza.

Como Fello ignoraba la magnitud del vendaval, los primeros ventarrones no hacían otra cosa que ponerlo contentísimo, pues él se habia fijado que

cuantas planchas de zinc arrancaba el viento de las casas cercanas a la suya, iban a parar a su patio cercado.

Su contentura era de tal modo que iba de carreta recogiendo las hojas de zinc que habían tenido la desgracia—como decía él—de no caer en su patio.

—Van 64 planchas—dijo Fello, entrando con una nueva víctima—y cuando lleguen a 100 ya tendremos otra casa, sin costarnos nada.... ¡Qué viva el viento!

Que siga! Que siga....!

Pero Fello no se daba cuenta en su alegría franca e incontenida, que el viento arreciaba su potencialidad de tal modo que ya su casa comenzaba a resentirse a la terrible acometida del huracán.

Y de momento una racha de viento fué tan violenta que levantó algunas planchas de zinc de uno de los esquineros de la casa de Fello, otra racha y ¡bur! el esquinero de la casa.

Fello ya no sale a robarse el zinc que cae cerca de su casa, sino que contempla el claro que ha hecho el viento; otra ráfaga y Fello, que siente el estrépito de las hojas de zinc, dá un salto de tigre y cae fuera de la puerta, disponiéndose a huir; pero así mismo

retrocede, es decir, vuelve a entrar en la casa porque vé venir una plancha de zinc, ligera como una bala de cañón, que si no anda a tiempo lo parte en dos.

—¡Qué es esto Dios mío!—dice Fello, sin encontrar ya un sitio para él seguro.

—¿Será por las planchas de zinc que me cojí?
¿Si será por eso?

Y Fello creído que esto le está pasando por haberse cogido las hojas de zinc, comienza a tirarlas de nuevo; pero en un instante en que viene con una plancha, fué tan grande el encontronazo que con él tuvo el viento, que entró por la puerta del patio y salió por la de la calle sin saber ni cuando ni cómo, estrellándolo contra el suelo.

—Pero Tú no está mirando, buen Dios, que yá estoy devolviendo las planchas—dice Fello, mientras trabajosamente lo ayuda a levantar María,—su mujer—a quién el llamaba desesperadamente.

La casa ya no podía resistir la furia del viento y se estremeció, como una persona que sintiera que un escalofrío la recorriera toda....

—Qué hacemos, María—dice Fello a su mujer—á donde vamos si todo está en el suelo y lo único que queda parado en esto? Fíjate María, dice casi llo-

rando.—Adios casa!, adios.....no pudo terminar la frase, pues el ciclón que se había convertido en un monstruo de miles de tentáculos, sacudió de tal modo la casa, que parecía que iba a derribarse.

Cuando otra sacudida, otra ráfaga y al crac crac, Fello no puede contenerse y sale huyendo, en los precisos momentos en que se desploma la casa sobre la pobre mujer y la hija de crianza de Fello.

—¡Fello, Fello! Ven que estoy herida; dame la mano por Dios que no puedo pararme....

Fello medio que se detiene y le grita a su mujer:

—Estos no son momentos de dar la mano; sálvese quién pueda!

Y salió huyendo de nuevo más ligero que el mismo vendaval!

*
* * *

Es este uno de esos episodios, que apesar de sus pasajes tristes, provocan á risa, ya que lo recordamos, cuando el ciclón del 3 de Septiembre se vá cubriendo de olvido.



